

¡Batallón Olimpia; no disparen!

*Tan sólo ha habido dos revoluciones mundiales.
La primera se produjo en 1848. La segunda en 1968.
Ambas constituyeron un fracaso histórico.
Ambas transformaron el mundo. El hecho de que ninguna
de las dos estuviese planeada y fueran espontáneas
en el sentido profundo del término,
explica ambas circunstancias: el hecho de que fracasaran
y el hecho de que transformaran el mundo.*

IMMANUEL WALLERSTEIN

Fotos
(pp. 60 y 61):
Centro de
Estudios Sobre
la Universidad
(CESU).

Un porcentaje importante de aquellos integrantes de la clase media que en *el 68* éramos demasiado jóvenes para entender a cabalidad lo que estaba sucediendo, pero que teníamos la edad suficiente como para percibir que la sociedad de la que formábamos parte se estremecía, hemos traspasado ya el medio siglo de vida. Hace cuarenta años nuestro umbral era el inminente ingreso a la secundaria y buena parte de las preocupaciones giraban alrededor del ansiado y a la vez complejo tránsito hacia la adolescencia; unos pocos de entre nosotros estaban más conscientes de la

magnitud de la lucha que se libraba en las esferas pública y privada, para transformar inercias que iban más allá del autoritarismo estatal. Sin embargo, me atrevería a decir que la gran mayoría acusamos recibo de lo sucedido tiempo después.

Hoy por hoy, la alternativa de repensar los procesos que tuvieron lugar en México de manera retrospectiva, pero a la vez recuperando recuerdos y sensaciones escondidos en la memoria, constituye un reto que propongo enfrentar mediante un recuento del movimiento estudiantil, que no se circunscriba a lo que las miradas desde la sociología o desde la historia pudieran apuntar; se trata más bien de incorporar una perspectiva personal y, sin rehuir a la subjetividad que este posicionamiento implica, tratar de entender qué pasó y cuáles fueron los saldos para nuestro país de esa revolución que en distintas partes del mundo marcó el tránsito hacia nuevas formas de imaginar y vivir las normas sociales.



La autora agradece el apoyo de Gabriela Melo Martínez para reconstruir la información de la que surgen estas reflexiones.

Tiempos de ruptura...

Hablar de juventud y hablar de rebeldía es casi un pleonismo. El impulso al cambio y la búsqueda de nuevos caminos encuentran terreno fértil en la etapa previa a una adultez que, por lo general, implica mayor estabilidad. Si hubiese *leyes de la vida*, podríamos incluir como parte de las mismas esta dinámica generacional, diversa en cuanto a sus manifestaciones, pero con un eje común que se repite a lo largo del tiempo: el cuestionamiento de los jóvenes hacia el *status quo*.

Parte de lo sucedido en 1968 tiene su origen en las expresiones de rebeldía que la juventud de ese entonces diseminó por distintos puntos del orbe, aunque la evolución, magnitud y saldos de los procesos que se desencadenaron, difícilmente podrían atribuirse sólo a una tendencia contestataria genéticamente heredada para asegurar el equilibrio entre la continuidad y el cambio dentro de las sociedades.

Si bien se ha insistido en el carácter espontáneo de las movilizaciones que tomaron por asalto las calles de ciudades como Roma, París, Londres, Washington o México, y se ha identificado dentro de las mismas el espíritu rebelde de los participantes, el deseo de romper ataduras, o el sentimiento antibélico, todavía siguen siendo insuficientes las explicaciones de por qué en un lapso tan corto surgieron, dentro de culturas distintas, separadas en algunos casos por continentes y océanos enteros, formas de confrontación social tan similares.

De atenernos al proverbio árabe que dice que "Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres", el 68 simbolizaría una época en la que se combinaron el desencanto frente a estilos de vida que mostraban las herencias de un sistema de valores vertical y cerrado, y los influjos modernizadores que el siglo XX con sus avances materiales, sus bonanzas y crisis económicas y sus dos grandes guerras mundiales había traído consigo.

Lo novedoso no era desafiar el orden, sino la fuerza que adquirió la convocatoria para hacerlo. A la misma se sumaron amplios sectores de la clase media y, sobre todo, intelectuales connotados que contribuyeron a difundir y legitimar la esencia de las movilizaciones. El hecho de que en varios de los casos los protagonistas centrales fueran los

estudiantes, y que muchos de sus profesores, lejos de llamarlos a la cordura, los apoyasen, era un buen indicador de que algo serio estaba pasando.

De cualquier forma, resulta difícil establecer las causas que condujeron a escenas tan híbridas como las que presenciábamos en 1968; a la par del surrealismo encarnado en los hippies o del idealismo y espiritualidad de los seguidores del maharishi Mahesh Yogi, los integrantes de los Panteras Negras levantaban el puño desde el podium de los vencedores olímpicos y era asesinado Martin Luther King, quien, a diferencia de ellos, recurría a la "no violencia" para combatir la segregación racial.

Las flores como símbolo de paz y amor contrastaban con la brutalidad de la guerra de Vietnam, en la que uno de los ejércitos más poderosos del planeta masacraba aldeas enteras y ni así era capaz de imponerse. También las dos caras del sistema económico imperante abonaban a ese mundo de contrastes: el incremento en los lujos y comodidades materiales y la incapacidad de amplios sectores de la población para tener acceso a los mismos.

Sin duda sería más sencillo achacarle a la casualidad la conjunción de tantos elementos contradictorios, pero en honor a la verdad, habría que reconocer que todos ellos eran producto de la interacción social; se compartiesen o no las consignas y manifestaciones a favor del cambio que marcaron el 68, atrás de ellas existían razones de peso para entender la actitud de quienes se atrevían a desafiar los distintos niveles de un orden que, para muchos, resultaba opresivo en los terrenos económico, político y social.

El campo hacia el que apuntaban las acciones de inconformidad era tan amplio, que escapa a las clasificaciones sociológicas más sencillas. ¿Se trataba de movilizaciones estudiantiles? ¿Eran movilizaciones políticas? ¿Tenían un perfil anticapitalis-



Foto:
Hermanos Mayo,
Archivo General
de la Nación.

ta? ¿Respondían a la lógica de la guerra fría? ¿Constituían una reacción a la guerra caliente? ¿Les interesaba resolver la inmediatez de la coyuntura? Me atrevería a adelantar un "sí, pero su esencia es más compleja", como respuesta a cada una de éstas y a otras posibilidades de encasillar al conjunto de procesos que nos permiten identificar en 1968 un corte importante dentro de la historia del siglo XX.

Aunque en los planos locales y nacionales, el desafío se manifestase a través de demandas particulares y concretas y de muestras de rebeldía apoyadas en la creación de valores culturales distintos de los que en ese entonces regían, a nivel global iba dirigido hacia el orden social imperante, con todo lo abarcador que el mismo pueda ser en tanto referencia aceptada para regular las relaciones interpersonales. Como en cualquier etapa transformadora, en el 68 el enfrentamiento entre pasado, presente y futuro fue más intenso; se trató de una especie de catarsis colectiva, con múltiples amarres alrededor de identidades que dificultan ese encasillamiento al que me refería en el párrafo anterior, y con aristas y matices que nos muestran fuerzas e ideologías encontradas en una arena que rebasa los dicotomías clásicas: jóvenes *versus* viejos, pobres *versus* ricos, mujeres *versus* hombres, o blancos *versus* negros.

Más que la edad, la condición social, el género o el elemento racial, las trincheras en las que quedaron divididas las sociedades pasaban por el rechazo o la aceptación a los modelos culturales imperantes. Distintos aspectos de la vida cotidiana se modificaron por la vía de los hechos a lo largo de la década y emergieron propuestas alternativas de organización social, que no necesariamente se vinculaban con la lucha contra el sistema económico emprendida dentro y fuera de algunos partidos y asociaciones políticas.

Por ello, al buscar los resortes de esa efervescencia que no emergía de un proyecto revolucionario de corte anticapitalista, aun cuando varios

de sus participantes se adscribiesen al mismo, y que tampoco respondía de manera mecánica a disparidades socioeconómicas, si bien se insertaba en ellas, conviene dirigir la mirada hacia el plano cultural y, sobre todo, hacia el desgaste de las figuras de autoridad responsables de reproducirlos.

Fue en tal contexto que surgieron nuevos íconos y que el trasfondo de insatisfacción que permeaba el ambiente se manifestó, entre otros, en el plano musical. Canciones como *Revolution* ("Revolución") de los *Beatles*, recuperaban el ansia colectiva por cambiar el mundo y también el rechazo a los modelos revolucionarios para hacerlo; otras más, como *Let's Spend the Night Together* ("Vamos a pasar la noche juntos") de los *Rolling Stones*, reflejaban los alcances de la liberación sexual en marcha, al atreverse a abordar el punto de manera explícita. Si bien los primeros eran menos disruptivos que los segundos y vistos a la distancia ninguno de los dos grupos se proponía destruir el sistema del que habían emergido, ambos son ejemplos claros de las transformaciones por las que estaban pasando los cánones culturales.

Comparto pues la idea de que en 1968 se vivió un proceso revolucionario, que modificó valores y formas de vida; a la par de las expresiones artísticas y propias del ámbito privado en su cotidianidad, tuvieron lugar un conjunto de movilizaciones que se insertaron de lleno en el terreno de lo público y que influyeron en la relación Estado-sociedad.

A partir de la represión con la que se intentó controlar el desafío lanzado a las instituciones, hubo saldos sangrientos y las cárceles abrieron sus puertas a activistas, cuyo principal delito había sido realizar actos de protesta. Las escenas de estudiantes y policías enfrentados fueron quizá las más recurrentes, pero no las únicas, y las muestras de efervescencia social alcanzaron por igual a países europeos del bloque occidental como Italia, España, Inglaterra, Alemania y Francia, que del socialista con Polonia y Checoslovaquia a la cabeza, o, del otro lado del océano, a México y Estados Unidos.

Fuese que las baterías apuntasen contra la guerra de Vietnam, contra la injerencia soviética, contra las autoridades educativas, o contra los gobiernos en turno, lo que estaba en juego era la lógica de obediencia sin cuestionamientos hacia el



Foto:
Óscar Menéndez,
Memoria del 68.

aparato institucional; dado que se trataba de un principio aprendido en el seno familiar y reforzado en los distintos puntos de interacción social, empezando por la escuela, contravenirlo implicaba mudanzas culturales con resonancias políticas.

Desde tal perspectiva, la apertura de espacios que a partir de entonces se ha vivido en los distintos puntos del planeta, adquiere particular importancia, aun cuando todavía subsistan diferencias de país a país e inclusive de región a región; en el caso concreto de México, durante los últimos 40 años hemos presenciado la ampliación de derechos y libertades impensables durante buena parte de mi niñez, por lo que con todo lo doloroso que fue el proceso y el largo camino todavía por recorrer para que dicha ampliación sea más incluyente, *el 68* dejó una herencia que benefició a generaciones posteriores, al sentar las bases para construir un nuevo tipo de relación entre gobernantes y gobernados.

2 de octubre no se olvida...

Hay frases que con el paso del tiempo acaban por sonar huecas, pero *2 de octubre no se olvida*, lejos de perder vigencia al repetirse año tras año, se ha convertido en un símbolo del impacto que tuvo en México el movimiento estudiantil de 1968. Los acontecimientos que precedieron esa tarde y los que tuvieron lugar después de ella, dan cuenta de una ruptura social que rebasa las imágenes y discursos contruidos alrededor de lo sucedido en la Plaza de las Tres Culturas. Sin embargo, el peso de la jornada fue tal, que terminó por convertirse en una referencia central para la historia de nuestro país.

Se mezclaron en ella signos encontrados y a la par de la protesta, la rebeldía y la esperanza, en el horizonte aparecieron el miedo y la impotencia; las escenas de huida y persecución, de abuso y dolor, e inclusive de muerte, reflejaron un uso desmedido de la fuerza por parte del Estado, para terminar con las movilizaciones que durante poco más de dos meses habían desafiado las reglas impuestas por el sistema político mexicano, para controlar a través de las propias organizaciones sociales, los brotes de descontento; asimismo, vistas en retrospectiva, evidenciaron las heridas que quedaban abiertas en términos de una sociedad que planteaba demandas legítimas.

Crónicas periodísticas, relatos de los involucrados, luces y sombras captadas por las cámaras fotográficas y de cine, grabaciones con el sonido original son ahora vestigios de un momento que quienes no estuvimos allí podemos imaginar y reconstruir a partir de tales fuentes. Atrás quedaron los tiempos en los que se pretendía restarle importancia al enfrentamiento entre civiles desarmados y aproximadamente 8 mil efectivos compuestos por soldados, granaderos, policías del DF, policía montada, policías secretas, judiciales locales y federales, integrantes del Batallón Olimpia y bomberos; hoy el tema es incluso tratado en los libros oficiales de historia y, aunque persisten interpretaciones divergentes sobre el 2 de octubre en particular, y sobre sus detonantes y saldos en general, existen mayores datos para analizar lo que sucedió.

La vieja polémica entre aquellos que decían que se trató de una respuesta justificada e inclusive necesaria contra fuerzas internas y externas contrarias a los intereses de la nación, y los que argumentaban que había sido un ataque desproporcionado contra personas desarmadas, que ejercían su derecho de expresión, pasa a segundo plano ante los saldos que dejó la decisión gubernamental de utilizar la fuerza pública para terminar con una efervescencia social que iba acumulando fuerza más allá del ámbito estudiantil.

La información con la que actualmente se cuenta, sobre todo a partir de su desclasificación y de los espacios que se le han ganado a la censura, permite afirmar que la teoría del complot comunista carecía de sustento; pero aun suponiendo lo contrario, el peso de la represión se dirigió fundamentalmente contra aquellos que buscaban abrir resquicios en el autoritarismo y no contra comandos subversivos encaminados a hacer la revolución en México.

Un breve recuento de los principales acontecimientos que se reconocen como el antecedente inmediato al 2 de octubre, pone en

e v i -



Foto:
Óscar Menéndez,
Memoria del 68.



Foto: Archivo
de *El Universal.*

dencia el carácter espontáneo de la movilización estudiantil que, por lo demás, no era incompatible con sus raíces históricas, ni con la existencia de elementos que rebasaban la inmediatez de la coyuntura:

Principales acontecimientos que precedieron el 2 de octubre

22 DE JULIO Pelea en la Ciudadela entre estudiantes de la Vocacional 2 y de la preparatoria Isaac Ochoterena, que se repitió los días siguientes, con la participación de personas y grupos de presión ajenos a ambas instituciones. La intervención de la fuerza pública para dominar los enfrentamientos dejó como saldo estudiantes y profesores lastimados y culminó con su ingreso violento a la Vocacional 2.

26 DE JULIO Protesta de los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional (IPN) frente a dicha situación, que convergió con la manifestación convocada por estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) para conmemorar la Revolución Cubana; ambos contingentes acordaron encaminarse al Zócalo, pero fueron duramente reprimidos por la policía.

27 DE JULIO Toma de las preparatorias 1, 2 y 3 de la UNAM por parte de los estudiantes, como protesta por las acciones anteriores.

29 DE JULIO Cerco y en algunos casos toma de planteles escolares situados sobre todo en el centro de la ciudad, por parte de la policía y el ejército. Hubo numerosos estudiantes heridos y detenidos y la puerta colonial de la Preparatoria 1 (San Ildefonso) quedó destruida por un disparo de *bazooka*.

30 DE JULIO Conclusión temprana de las transmisiones de Radio UNAM, en señal de luto por los hechos de los días anteriores. El rector Javier Barros Sierra izó la bandera nacional a media asta en la Ciudad Universitaria (CU) y afirmó: "Hoy es un día de luto para la universidad; la autonomía está amenazada gravemente. Quiero expresar que la institución, a través de sus autoridades, maestros y estudiantes, manifiesta profunda pena por lo acontecido. La Autonomía no es una idea abstracta, es un ejercicio responsable, que debe ser respetable y respetado por todos (...) La Universidad es lo primero, permanezcamos unidos para defender, dentro y fuera de nuestra casa, las liber-

tades de pensamiento, de reunión, de expresión y la más cara: nuestra autonomía, ¡Viva la UNAM! ¡Viva la Autonomía Universitaria!”.

1 DE AGOSTO Manifestación encabezada por Barros Sierra en la que sobre todo participaron estudiantes, profesores y académicos de la UNAM y el IPN; originalmente la idea era llegar al Zócalo, pero al final, el contingente realizó un recorrido circular que inició y concluyó en CU y cuyo itinerario fue Insurgentes, Felix Cuevas y Universidad. Desde Guadalajara, el presidente Gustavo Díaz Ordaz declaró “Una mano está tendida (...) los mexicanos dirán si esa mano se queda en el aire o bien (...) se ve acompañada por millones de manos que, entre todos [sic], quieran restablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias (...) estoy entre los mexicanos a quienes más les haya herido y lacerado la pérdida transitoria de la tranquilidad en la capital de nuestro país por algaradas en el fondo sin importancia”.

2 DE AGOSTO Creación del Consejo Nacional de Huelga (CNH) con estudiantes y maestros de la UNAM, el IPN, Escuelas Normales, El Colegio de México, Chapingo, Universidad Iberoamericana, Colegio La Salle y algunas universidades estatales.

4 DE AGOSTO Existencia de un pliego petitorio del movimiento estudiantil que contenía los siguientes puntos: 1) Libertad a los presos políticos; 2) Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal que contemplaban el delito de disolución social; 3) Desaparición del Cuerpo de Granaderos; 4) Destitución de los jefes policíacos; 5) Indemnización a los familiares de los muertos y heridos desde el inicio del conflicto; 6) Deslindamiento de responsabilidades de los funcionarios culpables de los hechos sangrientos.

5 DE AGOSTO Marcha de Zacatenco al Casco de Santo Tomás. Se calcula que participaron alrededor de 100 mil personas.

13 DE AGOSTO Marcha del Casco de Santo Tomás al Zócalo que, según reportó la prensa nacional, requería de “una hora con 20 minutos para ver de la vanguardia a la retaguardia”. A los estu-



diantes se sumaron maestros y pequeños grupos de electricistas, ferrocarrileros y sindicatos magisteriales. Se calcula que participaron alrededor de 150 mil personas y por primera vez se consiguió llegar al Zócalo.

20 DE AGOSTO Invitación de profesores a diputados y senadores del Distrito Federal a un debate público en CU, al que los legisladores no asisten.

22 DE AGOSTO Lectura ante la prensa de una declaración en la que “el gobierno de la república expresa su mejor disposición de recibir a los representantes de los maestros y estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México, del Instituto Politécnico Nacional y de otros centros educativos vinculados al problema existente, para cambiar impresiones con ellos y conocer en forma directa las demandas que formulen y las sugerencias que hagan, a fin de resolver en definitiva el conflicto (...)”. Profesores y estudiantes de las escuelas en huelga respondieron afirmativamente, siempre y cuando el diálogo fuera público y se reconociera al Consejo Nacional de Huelga y a la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas como sus únicos representantes.

27 DE AGOSTO Marcha del Museo de Antropología al Zócalo (se calculó que participaron alrededor de 250 mil personas) e izamiento de una bandera rojinegra a media asta en la Plaza de la Constitución (Zócalo) de la capital. Los estudiantes que formaban parte de las guardias permanentes establecidas en dicho espacio fueron desalojados por el ejército en la madrugada.

Foto:
Archivo de
El Universal.

28 DE AGOSTO Desagravio a la bandera nacional en la ceremonia que organizó el Departamento del Distrito Federal en el Zócalo; los asistentes eran empleados de limpia y transporte, burócratas de las secretarías de Hacienda y de Educación y algunas representaciones sindicales. Al final, los trabajadores se quedaron escuchando a los estudiantes que habían llegado a informar sobre los sucesos de la noche anterior, a pesar de que a través de los altavoces se les ordenó retirarse.

31 DE AGOSTO Aprehensiones de estudiantes brigadistas, en distintos puntos de la ciudad, realizadas por elementos del ejército, granaderos y policías.

1 DE SEPTIEMBRE Presentación del cuarto informe de gobierno de Gustavo Díaz Ordaz; en él dedicado cerca de una hora al tema del movimiento estudiantil, justificando el papel que hasta ese momento había desempeñado la fuerza pública y dejando muy en claro que se mantendría la mano dura.

2 DE SEPTIEMBRE Conferencia de prensa en la que el CNH concluyó afirmando: “Nosotros no vamos a dialogar con la presión de los tanques y las bayonetas encima, nosotros no entendemos el lenguaje de las ‘orugas’; retiren los tanques de las calles, retiren el ejército de la calle, retiren todos los provocadores y todas las fuerzas de choque que vestidas de civiles atacan a nuestras brigadas de la calle, y entonces públicamente estaremos dispuestos a dialogar y a debatir, antes no”.

Foto:
Archivo de
El Universal.

7 DE SEPTIEMBRE Mítin en Tlatelolco con unos 25 mil asistentes.

13 DE SEPTIEMBRE “Marcha del silencio” en la que participaron aproximadamente 250 mil personas.



18 DE SEPTIEMBRE Ocupación de Ciudad Universitaria por el ejército; entre 600 y 700 personas fueron detenidas (hay quienes duplican esta cifra). La ocupación duró 12 días.

20 DE SEPTIEMBRE Condena del rector de la UNAM a lo sucedido: “La ocupación militar de la Ciudad Universitaria ha sido un acto excesivo de fuerza que nuestra casa de estudios no merecía. De la misma manera que no mereció nunca el uso que quisieron hacer de ella algunos universitarios y grupos ajenos a nuestra institución (...)”. Se dieron choques violentos entre estudiantes y policías en Zacatenco, la Vocacional 7, la plaza de la Ciudadela (donde están las vocacionales 2 y 5) y el Casco de Santo Tomás.

21 DE SEPTIEMBRE Enfrentamiento de alumnos de la Vocacional 7, apoyados por alumnos de la prevocacional 4 y la secundaria 83, así como por habitantes de Tlatelolco contra granaderos, policía montada y gendarmería. La lucha se extendió hacia Peralvillo, ExHipódromo y Tepito. Nuevamente se habló de cientos de detenidos.

22 DE SEPTIEMBRE Retiro del Ejército de la Vocacional 7, pero policías vestidos de civil ametrallaron los edificios de las preparatorias 4, 7 y 9 así como de El Colegio de México.

23 DE SEPTIEMBRE Renuncia del rector de la UNAM, y ésta le fue rechazada. Estudiantes y granaderos se enfrentaron violentamente en las zonas del Casco de Santo Tomás, Tlatelolco y Zacatenco.

24 DE SEPTIEMBRE Mítin en la Plaza de las Tres Culturas, al que asistieron cerca de 2 mil personas, fundamentalmente estudiantes y residentes de Tlatelolco.

27 DE SEPTIEMBRE Mítin convocado por el CNH en la Plaza de las Tres Culturas, al que asistieron aproximadamente 5 mil personas y en el que se convocó a otro mítin para el 2 de octubre, en ese mismo espacio, a las cinco de la tarde.

30 DE SEPTIEMBRE El ejército salió de Ciudad Universitaria.

Si bien la realidad es siempre más compleja y dinámica de lo que una sucesión cronológica de datos puede consignar, estos últimos aportan indicios de cómo se tejieron cadenas, cuyos eslabones sintetizaban lo individual y lo social, lo nacional y lo internacional, lo particular y lo universal. Desde tal perspectiva, para completar el panorama, conviene recordar que la maquinaria que el 2 de octubre de 1968 echó a andar el aparato estatal (se habla de 15 mil proyectiles disparados y de 300 vehículos entre tanques, tanquetas, blindados y *jeeps* con ametralladoras), se inscribía en un contexto mundial de guerra fría que propiciaba la idea de la conjura comunista (actualmente desestimada hasta por las agencias estadounidenses de inteligencia), en la que se ampararon las decisiones gubernamentales.

También representaba la cara local de otra guerra que se libraba más allá de nuestras fronteras contra el autoritarismo. En diversos puntos del planeta, las contradicciones internas carecían de espacios para resolverse a través de vías institucionales, diseñadas para manejar más que para asegurar la participación. Con el ascenso y posterior consolidación hegemónica del Partido Revolucionario Institucional (PRI), México se había vuelto un ejemplo claro de esta tendencia, pues bajo su aparente estabilidad aparecía un sistema al que se ha comparado con los ornitorrincos por las dificultades para clasificarlo (autoritario, pero civil; no competitivo, pero con elecciones periódicas; encabezado por un presidente con poderes absolutos, pero amparado en instituciones no circunscritas a un sexenio; dominado por un partido hegemónico de origen revolucionario, pero con una ideología de centro-izquierda; basado en el control de las demandas sociales a través de los líderes de las organizaciones, pero incluyente), y donde la participación social en la esfera pública, dependía de canales que favorecían tomas de decisión desde la cúpula del poder y sin tomar en cuenta a quienes no formaban parte de la misma.

El *desbordamiento de las instituciones* con el que se ha asociado la década de los sesenta del siglo XX, constituía pues un riesgo que ninguna de las fracciones priístas para ese entonces en el poder estaba dispuesta a asumir. Es probable que la cercanía de los Juegos Olímpicos y la posibilidad de



Foto:
Óscar Menéndez,
Memoria del 68.

que el movimiento estudiantil que día con día cobraba fuerza en otros sectores de la sociedad interfiriera y a la vez utilizara la justa deportiva para aumentar su resonancia en el plano internacional, fueran elementos que propiciaron el uso de la violencia para dismantlarlo lo más rápidamente posible, pero lo sucedido no alcanza a explicarse colocando el acento en los Juegos Olímpicos.

Como bien planteó en su momento la revista francesa *L'Express*: "Al principio, los estudiantes querían poca cosa. Lo que reclaman ahora es otro México". El tránsito entre uno y otro punto tuvo más que ver con formas de organizar la lucha que fue construyendo el movimiento a punta de golpes, aprehensiones e intimidación, que con un cambio en la estrategia gubernamental derivado del encuentro deportivo en puerta; desde el inicio se recurrió a prácticas e instrumentos violentos que nuestro ornitorrinco político había creado para subsistir cuando el manejo de las organizaciones sociales y las adhesiones conseguidas con distintos tipos de recompensas, las económicas incluidas, resultaban insuficientes.

La represión dejó sus peores huellas en Tlatelolco (cifras no reconocidas oficialmente hablan de entre 150 y 300 muertos, 700 heridos y 5 mil detenidos), pero en el camino violó la autonomía universitaria, fabricó delincuentes donde no los había, convirtió en sospechosos a los jóvenes que por el simple hecho de caminar con un par de personas más por la calle se convertían en posibles conspiradores, impidió el libre tránsito y, por supuesto, utilizó sin miramiento alguno la violencia abierta

como parte de una estrategia estatal que se había instaurado de tiempo atrás (recuérdense los movimientos ferrocarrilero y magisterial de la década previa o el de los médicos tan sólo tres años antes).

Hoy se sabe que los colores patrios se utilizaron en las luces de bengala (dos verdes y una roja) con las que se dio la señal para iniciar un ataque oficialmente descrito como respuesta a la provocación estudiantil; también se sabe que hubo hombres vestidos de civil que iban armados y portaban un guante blanco en la mano izquierda, como desde el inicio afirmaron los participantes en el mitin. Asimismo se sabe que pertenecían al Batallón Olimpia (cuya presencia en la Plaza de las Tres Culturas fue negada, porque su función era custodiar las instalaciones de los Juegos Olímpicos y resultaba difícil explicar qué hacían allí el 2 de octubre) y que fueron ellos, junto con francotiradores que al parecer pertenecían al Estado Mayor Presidencial, los responsables de los disparos contra el ejército atribuidos a los estudiantes.

¡Batallón Olimpia; no disparen! se convirtió en el santo y seña que gritaban sus integrantes a voz en cuello para librarse del fuego amigo y, al hacerlo, develaban una verdad que durante mucho tiempo se ha escamoteado. A cuarenta años de distancia, se puede afirmar que desde las distintas esferas del gobierno mexicano, se tomaron decisiones de Estado con costos sociales y políticos muy altos; para legitimarlas, se combatió contra molinos de viento y se construyó un discurso en el que las víctimas se transformaban en potenciales victimarios, pero, al igual que el Batallón Olimpia, las huellas de lo que realmente pasó son imborrables, aun si a través de un férreo dominio de los medios de comunicación fueron retocadas u ocultadas.

Mentiría si dijera que recuerdo lo que publicaron los diarios el 3 de octubre, o lo que se comentaba por radio y televisión; lo que sí guarda mi memoria son las diatribas furibundas y defensas igualmente apasionadas que escuché entre gente conocida al referirse a Gustavo Díaz Ordaz, a Luis Echeverría Álvarez o a Alfonso Corona del Rosal. Esa polarización que colocó en bandos encontrados a partidarios y opositores del movimiento estudiantil, además de posturas ideológicas previas, reflejaba el éxito relativo del aparato estatal para manipular la información.

El tiempo ha demostrado que, al igual que el supuesto triunfo sobre un movimiento desarticulado a sangre y fuego (el 9 de octubre el CNH aceptó una *Tregua Olímpica* y el 4 de diciembre los estudiantes regresaron a clases), para el Estado se trató de una victoria pírrica; a pesar del miedo que sin duda consiguió sembrar y del discurso que colocaba en el bando de los malos a los estudiantes, a la mañana siguiente de la tarde que no se olvida, la sociedad mexicana seguía moviéndose.

Es probable que el ritmo y profundidad de los cambios que de entonces a la fecha han resultado de ello no respondan plenamente a los desafíos que dejó abiertos en México la generación del 68, pero es innegable que el antiautoritarismo que amalgamó a estudiantes y profesores, a padres e hijos, a empleados y obreros, a amas de casa y oficinistas, a sindicatos y organizaciones no gremiales, se convirtió en una bandera a defender, más allá del momento de rupturas propio de una época en la que se revolucionó el mundo.

Para saber más:

ELENA PONIATOWSKA, *La noche de Tlatelolco: testimonios de historia oral*, Era, México, 1971.

Regina y el movimiento del 68: treinta y tres años después, Edaf-Nueva Era, Madrid, 2002.

JOSÉ REVUELTAS, *México 68: juventud y revolución*, Era, México, 1978 (Obras completas de José Revueltas, núm. 15).

JULIO SCHERER GARCÍA y CARLOS MONSIVAIS, *Parte de guerra. Tlatelolco 1968: documentos del general Marcelino García Barragán, los hechos y la historia*, Nuevo Siglo-Aguilar, México, 1999.

CARLOS MENDOZA, *Tlatelolco: las claves de la masacre*, México, *La Jornada*-Canal 6 de julio, 2002. (Video).